

señor Echegaray en la sesión de Cortes celebrada en la noche del 2 de abril de 1870, nos opusimos á que se proscribiera la enseñanza de la doctrina cristiana en las escuelas.

A pesar del tiempo transcurrido hasta hoy, ningún proyecto de ley de Instrucción pública se ha discutido, y por lo tanto, no hemos podido cumplir nuestro propósito. Por esto mismo tampoco tomaríamos hoy la pluma, si no fuese porque no falta quien tema que el señor Echegaray, Ministro actualmente, haga patentes sus ideas si á las Cortes lleva alguna ley de enseñanza.

El señor Echegaray es muy capaz de eliminar la instrucción religiosa de las escuelas, y quizá presentarla como una necesaria reforma para establecer la obligación legal de la enseñanza.

Es, pues, nuestro objeto al presente, insistir en algunas ideas capitales acerca del epígrafe de este artículo, sin que por eso abandonemos nuestro propósito de tratar este punto en toda su extensión, dado caso que hubiera lugar á ello.

La instrucción religiosa en las escuelas es la parte esencial, la más decisiva de una ley de enseñanza obligatoria, y el terreno en que la pasión política ha luchado más. En verdad que entraña una cuestión social de la mayor importancia y trascendencia.

Sin detenernos en los perjuicios que á nuestra nación traería la supresión de la enseñanza religiosa en las escuelas, y el funesto porvenir de ellas y de sus encargados, dadas nuestras tradiciones y el espíritu esencialmente católico de nuestro pueblo, debe defenderse la necesidad de tal enseñanza, aun bajo el punto de vista social. Que no solo se deba instruir al pueblo y conducir la niñez por los senderos del material progreso y de elevar, en fin, el interés intelectual, sino que es preciso ir más allá para asegurar la trasmisión de creencias y de sentimientos que constituyen la vida moral del individuo.

La supresión de la enseñanza religiosa es la tendencia de la escuela revolucionaria, es la guerra encubierta de los enemigos del dogma católico á la Iglesia, es la primera piedra lanzada con villano intento contra el espíritu religioso de nuestro pueblo.

Los que abogan por la escuela laica, los que pretenden instruir al niño y no educarle, los que abrigan creencias más ó menos encubiertamente expuestas en contradicción con el catolicismo, esos piden con la supresión de la enseñanza religiosa, la separación del dogma y de la moral, la separación de la Iglesia y la escuela, esos son los apóstoles del progreso material raquítico; aunque lo contrario parezca, á los que no estiman el espíritu moral de los pueblos como el primer elemento de vida y perfeccionamiento.

En todas las naciones ha tenido partidarios tan acalorados como irreverentes, la doctrina de la separación de la Iglesia y de la escuela, y por fortuna sus esfuerzos han sido infructuosos.

En Inglaterra la autoridad eclesiástica admite la *olausula de conciencia*, si bien no de muy buen grado, porque la considera como germen del indiferentismo religioso, que es el cáncer de la civilización moderna, lo cual es precisamente lo que acontece en España, no siendo obligatoria la enseñanza de la doctrina cristiana para los niños, cuyos padres ó encargados manifiestan su deseo de que no la reciban.

Pero si bien de este modo se ha transgido con los derechos consignados en la Constitución del Estado, é igualmente puede no ofrecer obstáculos la enseñanza obligatoria, no debe tolerarse por el Estado que los niños dejen de frecuentar los ejercicios de instrucción religiosa.

Así lo ha comprendido la Alemania, esa nación grande y poderosa que hoy empuña el cetro del poder en Europa, y haciendo frente á ruidos ataques, ha sostenido en multitud de documentos las doctrinas vertidas por el gran Federico II, en el famoso *Reglamento general*, promulgado en Berlín el año 1763.

Véase por lo tanto que la idea capital del sistema de enseñanza popular en Prusia, es la íntima unión de la Iglesia y de la escuela.

“Para promover el bien de los pueblos, decía el gran Federico, y establecer el fundamento de su bienestar, consti-

tuirémos un sistema de instrucción docta al par que cristiana, á fin de dar á la juventud en el temor de Dios, los conocimientos que le son necesarios. Nos importa que en adelante en nuestras escuelas se eduque á la niñez, para que sea cada día más instruida y de mejores costumbres.”

Asimismo, trazando los deberes de los maestros, decía: “Ante todo, éstos deben poseer el verdadero conocimiento de Jesucristo, de suerte que, fundando la rectitud de su idea sobre el cristianismo, cumplan su misión delante de Dios, y que así, por su buen ejemplo, preparen á sus alumnos para que cumplan sus destinos inmortales.”

¡Qué sublimes palabras y qué espíritu tan grande en tales propósitos; pero qué magníficos resultados en tan corto tiempo! Ya puede asegurarse el por qué Prusia es una nación grande y adelantada.

Pero para que no se nos tache de parciales, y como abreviación ó gran suma de argumentos en favor de la enseñanza religiosa, recordáremos una gran declaración de un célebre pensador:

“Desde hace mil ochocientos años, una parte de lo mejor que se ha hecho en el mundo, se ha hecho bajo el nombre del cristianismo; cualquiera nación que para sus mejoras morales se ve obligada á proceder sin la ayuda del cristianismo, tendrá una parte débil en los fundamentos de sus instituciones.”

Román es el que ha hecho estas francas declaraciones; y lo hemos citado porque no creemos que será recibido como autoridad en la materia por los revolucionarios.

En España, en que tan dominante, por no decir exclusivo, es el espíritu católico, se comprende perfectamente que fuera retroceso de fatales resultados, la supresión de la enseñanza religiosa en las escuelas, pues á la par que se perdería un medio poderoso para nuestra regeneración, se permitiría á los enemigos del buen orden social que ganasen un terreno que costaría esfuerzos grandes el conquistar nuevamente.

Medite, pues, el señor Echegaray cuanto hemos dicho en este artículo, si acaso trata de la supresión de la enseñanza religiosa en las escuelas algún día, y no olvide que las leyes que no se fundan en los sentimientos generales del país, y que sin respeto á sus tradiciones y creencias se establecen, son propias de ignorantes ó de tiranos, y el señor Echegaray se tiene por liberal, y nosotros le tenemos por sabio.

Reflexione lo que en otras naciones se ha hecho, y no pretenda superarla, que ni el país está para andar en ensayos, ni deben arrojarse en brazos de las aventuras ó servir de instrumento de conciencias corrompidas, los que llegan á regir los destinos de una nación grande por su gloriosa tradición, y digna de mejor suerte que la que le cabe desde algunos años.

EMILIO RUIZ DE SALAZAR.

DE LA INFLUENCIA DE LA EDUCACION

sobre la moralidad y el bienestar de las clases obreras, por A. P. Deschamps.

Traducido por Graciliano Acevedo, Subdirector de la Escuela normal nacional, establecida en el Estado soberano de Antioquia.

PARTE TERCERA.

INFLUENCIA DE LA EDUCACION Y DE LA MORALIDAD EN EL BIENESTAR DE LOS PAISES.

CAPÍTULO I

Situación general.

El bienestar se ha desarrollado en Europa desde principios de este siglo: todos los estadistas lo atestiguan así, y los espíritus, aún más divididos en otras cuestiones, están generalmente de acuerdo en este punto.

La primera señal de este acrecentamiento del bienestar es el cambio que se ha efectuado en la duración media de la vida. Ahora sesenta años ésta era en Francia de treinta y un años y medio, y al presente ha venido á ser de treinta y siete y medio; se han ganado, pues, seis años: resultado considerable en tan corto espacio de tiempo. Mas, por desgracia, no se puede decir lo mismo de todo el resto de Europa, pues que si ha habido países como la Bélgica y la Suecia que han hecho grandes progresos en cuanto á la disminución de la mortalidad, también ha habido otros en que, por diversas causas, la cifra ha permanecido estacionaria.

6838

Sin embargo, en estos países así como en Francia, otras señales de bienestar revelan un mejoramiento incontestable; la alimentación es en todas partes mucho mejor, y en ella entran la carne y el vino en un consumo general; los artículos alimenticios de primera necesidad son abundantes en todos los países, y exceptuada una pequeña porción de familias indigentes, puede asegurarse que no hay hogar entre las clases obreras, donde la subsistencia no esté asegurada.

Así mismo las habitaciones se han mejorado notablemente y en lo general la población se viste mejor, disponiendo para el combustible, el alumbrado y otras mil necesidades de la vida, de recursos que les eran desconocidos en el siglo pasado.

La causa principal de tal progreso es el desarrollo de la fortuna pública por medio de las grandes invenciones modernas y el vuelo que ha tomado el comercio. Los descubrimientos, tales como el de la hulla, han enriquecido al mundo entero, y cada familia ha podido utilizarse de él por su parte. Las nuevas vías de comunicación no han prestado servicios menos importantes, y todos reconocen la facilidad y economía que ofrecen éstas, para los trasportes.

Ciertas modificaciones en las leyes sobre comercio han cooperado de la misma manera al bienestar común, favorecido ya en su desarrollo por la larga paz de que ha disfrutado la Europa por espacio de cerca de cuarenta años.

Hé aquí las causas poderosas que apenas tienen alguna relación con la instrucción y la moralidad; pero es sin embargo, en los países más cultos que estos grandes cambios materiales han sido adoptados más prontamente, y donde primero han surtido sus buenos efectos. Empero, la educación y el progreso en las costumbres han sido de consecuencias más directas, y a pesar de la modestia de su carácter, no han dejado de procurar una reacción la más útil sobre el bienestar de los pueblos. Quiero hablar de esas instituciones previsoras que, ya bajo la forma de cajas de ahorros, ya bajo la de cajas de socorros, ya bajo los nuevos nombres de asociaciones cooperativas y de bancos populares han activado la economía, prevenido las funestas consecuencias de la miseria, las enfermedades, las huelgas, y abierto a las poblaciones obreras una nueva era de independencia y dignidad. Es también el progreso intelectual y moral el que ha permitido que ciertos pueblos hayan podido preceder a los demás en las grandes industrias y asegurarse por la anticipación del éxito de medios oportunos y de un comercio activo, obteniendo así un elemento poderoso de riqueza de que se han aprovechado bien las clases obreras. El progreso agrícola tan necesario en nuestros días, ha tenido también, como lo veremos, sus relaciones íntimas con la difusión de las luces y los buenos hábitos de la población. En fin la enseñanza está encargada de hacerles una guerra permanente al desorden y al despilfarro, mortales enemigos del bienestar, sembrando en el obrero aspiraciones elevadas, haciéndole que prefiera a la taberna la lectura y las instrucciones nocturnas; inculcando en la mujer el gusto por la buena marcha de su hogar, a salir partido de todo y a sustituir la vigilancia de la mujer de gobierno a esta ociosidad estéril y peligrosa en que pasaba anteriormente su vida.

No creo necesario detenerme más en estas ideas generales que irán reapareciendo con más pormenores en el estudio del bienestar en los diferentes pueblos y de la Francia misma, y en el examen de la influencia ejercida por el desenvolvimiento industrial y agrícola sobre la prosperidad de los pueblos modernos.

CAPÍTULO II

Alemania y otros países.

Considerable es el bienestar en la Alemania del Norte, a pesar de no ser muy altos los salarios allí. Los hábitos morales y religiosos dominantes, reteniendo al obrero y al aldeano dentro de su hogar doméstico, desvanecen la tentación de los gastos inútiles, y por otra parte el gusto por la propiedad les es un estímulo para la economía.

Frecuentemente la vida agrícola está ligada a la industrial, con especialidad en la Prusia renana. M. L. Reybaud señala la ventaja que de esto resulta para el bienestar en Viersen y en las demás ciudades alemanas donde se han podido establecer los telares en el campo al lado de una pequeña agricultura.

Yo mismo he visitado con marcado interés los alrededores de Dusseldorf y esos centros metalúrgicos tan interesantes de Ruhrort, de Dortmund y de Essen: allí no había más lugar que para la vida industrial, porque el trabajo de las fraguas de la poca tiempo y con dificultad permite ocuparse en la agricultura. Por todas partes se veían las señales de un bienestar, y no obstante el precio de los salarios era moderado; pero la vida se pasaba bien, y los obreros tenían hábitos de sobriedad y economía; las viviendas lo demostraban así, y resultando en todo la modestia, se vivía con comodidad.

Grandes esfuerzos se han hecho, por otra parte, para mejorar la situación de las clases obreras, y su éxito ha sido feliz porque se han fundado en la educación y en la moralidad. Los economistas que se han ocupado de las asociaciones cooperativas tienen probado unánimemente que su buen resultado ha dependido de las cualidades morales de los asociados. Estos efectos saludables del movimiento de asociación en Alemania atestiguan, pues, las favorables disposiciones que una enseñanza sólida y religiosa tenía cultivadas en las poblaciones. M. Audigonne, en su estimable obra, *Los obreros de ahora*, indica que en 1864 el número de las asociaciones obreras era de 1,150, de las cuales 700 de anticipaciones y crédito, 250 de producción y 200 de consumo. La cifra de sus operaciones ascendía a ciento cincuenta millones de francos y el capital circulante de cincuenta, sobre los cuales el crédito había suministrado cuarenta millones contra diez, pertenecientes al fondo social.

Y sin embargo, estas instituciones no datan sino desde 1850 y a pesar de haber encontrado obstáculos en las restricciones puestas a la libertad del trabajo por las varias corporaciones.

Los bancos de crédito comunes, fundados por M. Schultz Delitsch, y que no cuentan más que obreros, tienen constituida con un impuesto mensual de 25 céntimos, una fuerza financiera de primer orden. Ellos han prestado a los asociados en 1863 más de 126 millones de francos, y al presente se hallan extendidos por toda la Alemania del Norte haciendo servicios incalculables, y enseñando todo lo que puede la iniciativa popular, basada sobre la educación y la moralidad.

No pretendo resumir en el éxito del movimiento cooperativo el progreso del bienestar de la Prusia, pero sí he querido sobre todo citar un ejemplo que haga resaltar mejor que cualquiera otro, a mi modo de ver, toda la importancia de los primeros conocimientos sin los cuales esta grande obra popular se hubiera hecho del todo imposible.

Se ourre preguntar cómo pueden conciliarse los hábitos de emigración con la situación tan favorable del bienestar de la Alemania; pero nótese que la población rural es casi la única que suministra estas emigraciones. Las familias son numerosas y las propiedades para la venta son raras, y muy frecuentemente se expatrian los jóvenes cultivadores, más no como en los demás países de resultados de una situación miserable, sino para encontrar más allá de los mares una condición mejor. Muchos de ellos llevan consigo un capital, pudiendo hacerse propietarios a su arribo a la América. Sábese el éxito bastante notable de la mayor parte de las colonias alemanas, de suerte que la emigración efectuada de esta manera no puede ser argumento alegado contra el bienestar; ella prueba solamente que los salarios no son muy altos y que abundan los brazos, sirviendo al propio tiempo, por su excelente organización y sus buenos resultados, de un nuevo testimonio en favor de la inteligencia de esa población.

La Suiza llega también sin salarios muy considerables a un bienestar plausible. Los excelentes hábitos de orden y economía que reinan entre los obreros les han permitido a muchos de ellos procurar sus cortos ahorros en los momentos felices y hacerse poco a poco dueños de su habitación y del campo contiguo; y en las industrias cuyo trabajo no sale del domicilio, son en lo general los telares de su propiedad. En Zurich casi todos los obreros tienen libretas de la caja de ahorros ó de otras especiales sostenidas por los fabricantes. La suma média de los depósitos de ahorros es de 27 francos por cada habitante, y en Bale es de 47.

La habitación en el campo al rededor de los centros manufactureros es conveniente, y hace que la vida en éstos sea próspera: los hombres son vigorosos y de buen porte, aunque comen poca carne y los trabajos son continuados. Una

falla
~~PS~~

existencia regulada; la vida en el campo tan sana; la organización de los estudios, que prolongándose toda la infancia, ha prevenido los excesos de que viene acompañada la permanencia anticipada en las manufacturas; los ejercicios físicos unidos hábilmente en las escuelas á la educación, y que agrandan no solo á los jóvenes sino aun á los hombres ya formados; la reducción de los impuestos, obtenida bajo el régimen municipal; en fin, la sencillez en los gozes tanto de empresarios como entre los obreros, tales son los medios empleados en la Suiza con buen éxito para asegurar, á pesar de la baratura de la obra de mano, el bienestar de su inteligente población.

No me detendré mucho acerca de Bélgica y Holanda. En la primera, por otra parte, no se encuentran hechos notables que merezcan mencionarse: la población es económica y sobria en lo general; el precio de la obra de mano, por término medio, es superior al de Suiza é inferior al de Francia. Puedo decirse que el bienestar no falta, solo que poco se percibe en algunos puntos en que la población es aun ignorante y sus costumbres aun tanto groseras; y por el contrario, aquel es completo entre los obreros, que en gran número forman lo más selecto de la industria belga.

La Holanda, ménos favorecida por la naturaleza que la Bélgica, debe á las cualidades de sus habitantes la prosperidad de que disfruta. Su suelo ha sido en gran parte lavado por el mar, y su agricultura no se ha alimentado ni prospera sino por la habilidad de los cultivadores, sin embargo, hoy día exporta de su pequeño territorio productos agrícolas por valor de más de cien millones. Tiene industrias muy adelantadas, especialmente la de construcción de naves y la talla de diamantes, en la cual la ciudad de Amsterdam no tiene rival en Europa. Su comercio, sometido á una concurrencia tan activa del lado de la Inglaterra, ha continuado desarrollándose, y la excelente dirección dada á sus colonias no ha dejado de mantenerlas en una creciente prosperidad. Todos los nuevos cultivos se han plantado con decisión é inteligencia en esas posesiones lejanas, y la marina del Norte ha encontrado en eso un elemento de trasportes y aprovechamientos. La población ha secundado todos estos progresos con su ilustrado espíritu, obteniendo en recompensa un bienestar general que sorprende á los viajeros de una manera muy grata. En ninguna parte se ve tanto gusto en el mobiliario, á pesar de su sencillez, como en las modestas habitaciones de la Holanda; allí se perciben los hábitos de orden y economía, y se ve el pueblo instruido y feliz.

El bienestar en Inglaterra presenta las anomalías que hemos observado ya en el estudio de su instrucción y de su moralidad. Aquí aun es preciso decir que no hay parte alguna, exceptuando tal vez los Estados Unidos, donde se vean obreros tan afortunados ni tan satisfactoriamente provistos de todo lo necesario á sus necesidades, como cierta clase de los obreros ingleses; pero ni tampoco un país donde se halle un pauperismo más aflictivo ni más dolorosa situación de algunas clases obreras. Y por qué estos contrastes tan extraños? Sin duda que deben atribuirse á causas muy diversas; pero la principal es la diferencia que existe entre la cultura intelectual y la moral; en las clases ignorantes y dadas al desorden es que se encuentran las mayores miserias, y por el contrario, donde quiera que se ha podido manifestar el progreso en la instrucción de esas clases obreras y el feliz cambio de costumbres, se ha visto también que el bienestar es cada vez más una realidad.

Si no temiese prolongar demasiado este estudio, reproduciría los ejemplos ya citados; señalaría en el Staffordshire, en el condado de Durham, en el Lancashire, la pena siguiéndole á la imprevisión, la familia mal alojada, mal vestida, mal alimentada porque la inmoralidad de su jefe le hace destinar á usos degradantes una parte del salario. Mas no describiré de nuevo el cuadro aflictivo de las habitaciones obreras en las grandes ciudades inglesas, y de la dura situación á la cual se ven reducidas las familias cuyo número es por desgracia considerable; escritos muy elocuentes han hecho conocer suficientemente estas llagas de la Inglaterra. Deseo mas bien hablar del espectáculo que ofrecen las habitaciones de los obreros instruidos y arreglados: he visto con frecuencia, por

ejemplo en el Yorkshire, las casas de las familias trabajadoras que me hacían recordar, á pesar de la sencillez del mobiliario, el menaje de las clases rurales. La pieza del primer piso es la destinada para la conversacion y la comida, y en ella todo respira un orden agradable: las publicaciones circulantes tan esparcidas en Inglaterra y aun la obra que esté últimamente en boga, se encuentran sobre la mesa, demostrándose así que hay gusto por lo intelectual como el hábito de pasar la noche leyendo en la casa. Los muchachos tienen en otro piso sus cuartos separados de los de sus padres, viéndose en todo las señales de moralidad y conveniencia. Pero también he visto costumbres muy diferentes, mas he querido señalar con este ejemplo, por fortuna muy comun en Inglaterra, el estado de la parte culta entre las clases obreras. No hay país donde la imprevisión sea mas grande y donde se mire con mas indiferencia el porvenir; pero ni tampoco donde las instituciones propias á favorecer la economía sean mejor apreciadas por todos los obreros inteligentes. Este es el país clásico de las cajas de ahorros, y sus buenos resultados, producidos por su difusión en toda la extension del territorio, son bien conocidos; la idea, por otra parte, de unirlos á las oficinas de correos, ha causado admirablemente el desarrollo de la institución, viniendo á ser un poderoso auxiliar de la economía por la suma facilidad que ofrecen para las ingresos diarias aun de pequeñas cantidades. Pero á pesar de lo dicho arriba, vense con buen éxito establecidas todas las demas instituciones de provision donde quiera que han hallado poblaciones instruidas y morales.

Así es como en el Sur del País de Gales, donde reinan tan buenos hábitos de economía, y donde el gusto en las cómodas habitaciones se ha extendido tanto, una sociedad de crédito establecida en Swansea para ayudar á las construcciones de toda clase, ha recibido en un solo año 30,000 libras esterlinas, mientras que la caja de ahorros de la misma ciudad recibia cerca de treinta y dos mil.

No es mi ánimo presentar, despues de las bellas páginas de M. Julio Simon, la historia llena de tantas enseñanzas de los *Peones equitativos de Rochdale*, esta grande institucion humanitaria que, empezada con una tienceita y un capital de 28 libras esterlinas, funciona hoy día con el do diez y seis mil, y hace anualmente operaciones con mas de ochenta mil libras.

El éxito de las asociaciones cooperativas no ha sido en todas partes muy brillante, mas su desenvolvimiento continuado llama toda la atencion como tambien atrae todas las simpatías; ademas, de ellas se deduce al mismo tiempo una ley cual es la de que estas instituciones que realzan la dignidad de los obreros y son propias para darles el bienestar, exigen como la primera y mas imperiosa condicion la instruccion y la moralidad en las costumbres. Estas asociaciones son semejantes á ciertos árboles de vegetacion poderosa, pero de una naturaleza tan delicada, que necesitan para su desarrollo de un suelo convenientemente preparado.

No es en medio de las poblaciones industriales de Glasgow, entregadas á la embriaguez, que podria pensarse en hacer resaltar estas grandes instituciones humanitarias, mientras que la educación no las haya transformado. Las habitaciones de los obreros que rodean las manufacturas dan á conocer en lo general lo miserable de su situacion. Aun recuerdo con pena la impresion que sentí en Monkland, cerca de Glasgow, á la vista de los alojamientos de los obreros, de la ausencia del aseo y delicadeza, y todas las señales del malestar en las familias que reciben no obstante salarios muy crecidos. Venia yo de Edimburgo, ese gran centro intelectual donde todo se ha hecho para cautivar al viajero, por el admirable aspecto de sus alrededores, los recuerdos del pasado y las vivas lumbres de ese antiguo foco de civilizacion; yo habia recorrido en seguida los bellos campos de la Escocia; en fin, habia visto en los ricos barrios de Glasgow las suntuosas habitaciones de los comerciantes agrupados al rededor del pintoresco parque dibujado por Paxton. Jamas olvidaré el contraste doloroso que me ofrecieron las populosas calles de Glasgow y la triste aparioncia de las aldeas situadas cerca de las fábricas; sufría entónces al comprender este estado tan lamentable, y me preguntaba cómo esta población tan fa-